

Género, migración y trabajo en la agricultura familiar. Trayectorias laborales y migratorias de horticultoras bolivianas en el cinturón hortícola del gran La Plata (Argentina), 2018

María Eugenia Ambort*

CIMeCS-IdIHCS, UNLP-CONICET, Argentina
maruambort@gmail.com

Recibido: 10-06-19

Aceptado: 27-08-19

Resumen: El objetivo de este artículo es analizar la articulación entre género, migración y trabajo en la agricultura familiar. Abordamos el caso de la horticultura en Argentina, un nicho laboral históricamente segmentado por nacionalidad, hegemonizado actualmente por familias bolivianas de origen campesino que llegan al país en busca de mejores condiciones laborales. Este proceso migratorio puede comprenderse en el marco de un proceso de movilidad social, en el que además se establecen relaciones transnacionales, ya que se tejen redes que mantienen en comunicación a las sociedades de origen y destino. En ese marco, estudiamos el lugar que ocupan las mujeres en el proceso migratorio y sus experiencias como trabajadoras rurales migrantes. Las formas patriarcales de

* Licenciada y profesora en Sociología (UNLP). Becaria doctoral (IdIHCS-CONICET). El contenido de este artículo se basa en la tesis de Maestría en Estudios Sociales Agrarios de FLACSO, culminada en La Plata en 2019. Parte de este trabajo fue realizado en el contexto de la Red INCASI, coordinada por el Dr. Pedro López-Roldán, un proyecto europeo que recibió fondos del programa de investigación e innovación European Union's Horizon 2020, bajo el Marie Skłodowska-Curie GA N° 691004. El artículo refleja el punto de vista de la autora y la agencia no es responsable por ningún uso que pudiera hacerse de la información que contiene.

dominación se reproducen mediante sentidos comunes transmitidos de generación en generación: buscamos comprender cómo se van construyendo los roles asignados a (y ocupados por) las mujeres en este sector de la agricultura familiar. Una mirada longitudinal, por medio del análisis de trayectorias, nos permite reconstruir las formas en que se configuran, reproducen y transforman estos roles a lo largo del tiempo. Las principales dimensiones que emergen del análisis de las trayectorias laborales y migratorias de mujeres bolivianas que viven y trabajan en el cinturón hortícola de La Plata son las formas de organización familiar del trabajo en la economía campesina de Bolivia; los factores que motivan y/o constriñen a las mujeres para iniciar un proyecto migratorio; y sus itinerarios de inserción laboral y territorial en Argentina.

Palabras clave: género; migración; agricultura familiar

Gender, migration and work in family farming. Labor and migration trajectories of Bolivian women horticulturists in the horticultural belt of Gran La Plata (Argentina), 2018

Abstract: The aim of this article is to analyze the link between gender, migration and work in family farming. We study the case of horticulture in Argentina, a labor niche historically segmented by nationality, currently dominated by Bolivian families of peasant origin who come to the country in search of better working conditions. This migratory process can be understood within the framework of social mobility process, in which transnational relations are also established, since societies of origin and destination keep related through networks established by migrants. In this context, we inquire about the place that women occupy in the migratory process and about their experiences as rural migrant workers. Understanding that patriarchal forms of domination are reproduced through common senses transmitted from generation to generation, we seek to understand how the roles assigned to (and played by) women in this sector of family farming are raised. A longitudinal perspective, through the analysis of trajectories, allows us to reconstruct the ways in which these roles are configured, reproduced and transformed over time. The main dimensions that emerge from the analysis of the labor and migration trajectories of Bolivian women who live and work in La Plata's horticultural belt are: the forms of family organization of work in the Bolivian peasant economy; the factors that motivate and / or constrain women to start a migratory project; and its labor and territorial insertion itineraries in Argentina.

Key words: gender; migration; family farming

Gênero, migração e trabalho na agricultura familiar. Trajetórias de trabalho e migração de horticultoras bolivianas no cinturão hortícola de Gran La Plata (Argentina), 2018

Resumo: O objetivo deste artigo é analisar a articulação entre gênero, migração e trabalho na agricultura familiar. Abordamos o caso da horticultura na Argentina, um nicho historicamente segmentado por nacionalidade, atualmente dominado por famílias bolivianas de origem camponesa que chegam ao país à procura de melhores condições de trabalho. Esse processo migratório pode ser entendido no âmbito de um processo de mobilidade social, no qual também são estabelecidas relações transnacionais, uma vez que se tecem redes que mantêm as sociedades de origem e destino em comunicação. Neste contexto, indagamos sobre o lugar que as mulheres ocupam no processo migratório e sobre suas experiências como trabalhadoras rurais migrantes. Entendendo que formas patriarcais de dominação são reproduzidas através de sentidos comuns transmitidos de geração em geração, procuramos compreender como os papéis atribuídos (e ocupados por) mulheres nesse setor da agricultura familiar foram construídos. Um olhar longitudinal, através da análise de trajetórias, permite reconstruir as maneiras em que esses papéis são configurados, reproduzidos e transformados ao longo do tempo. As principais dimensões que emergem da análise das trajetórias de trabalho e migração das mulheres bolivianas que vivem e trabalham no cinturão hortícola de La Plata são: as formas de organização familiar do trabalho na economia camponesa boliviana; os fatores que motivam e / ou limitam às mulheres ao iniciar um projeto migratório; e seus itinerários de trabalho e inserção territorial na Argentina.

Palavras chave: gênero; migração; agricultura familiar

Introducción

En este artículo abordamos la articulación entre género, migración y trabajo en la agricultura familiar; particularmente en la horticultura en Argentina, un nicho laboral históricamente segmentado por nacionalidad, hegemonizado actualmente por familias bolivianas de origen campesino. La migración en busca de mejores condiciones laborales, puede comprenderse dentro de un proceso de movilidad social en el cual se establecen relaciones transnacionales, ya que se tejen redes que mantienen en comunicación a las sociedades de origen y destino. En ese marco, nos preguntamos por el lugar que ocupan las mujeres en el proceso migratorio y por sus experiencias como trabajadoras rurales migrantes.

En las quintas hortícolas del gran La Plata (donde se realizó la investigación), como en otros ámbitos de la agricultura familiar, las mujeres experimentan una

doble jornada laboral, llegando a trabajar entre 16 y 18 horas diarias sin descanso semanal. Además de trabajar en el campo a la par de los hombres, son las responsables del cuidado de niños y personas mayores y de realizar las tareas domésticas (Biaggi, Canevari, & Tasso, 2007). Este trabajo, no reconocido como tal y sin remuneración, es el que permite la reproducción de la vida de las familias horticultoras y la producción de alimentos frescos que abastecen a una gran parte del mercado interno argentino (Ambort, 2019). Esto contrasta con las responsabilidades de los varones, quienes también cumplen largas jornadas de trabajo, ocupándose de las tareas productivas que conllevan mayor fuerza, conocimiento técnico o peligrosidad (como manejo de tractores o aplicación de agroquímicos), pero cuentan con tiempos destinados al descanso y a sí mismos, como jugar al fútbol los fines de semana.

Esta disparidad, que responde a los estereotipos patriarcales de mujer-cuidadora y de varón-proveedor, nos llevó a preguntarnos por las formas en que se configuran, reproducen y transforman los roles a lo largo del tiempo. La dominación patriarcal se basa en sentidos comunes transmitidos de generación en generación; adoptamos así una mirada longitudinal para comprender cómo se van construyendo los roles asignados a (y ocupados por) las mujeres en este sector de la agricultura familiar.

4



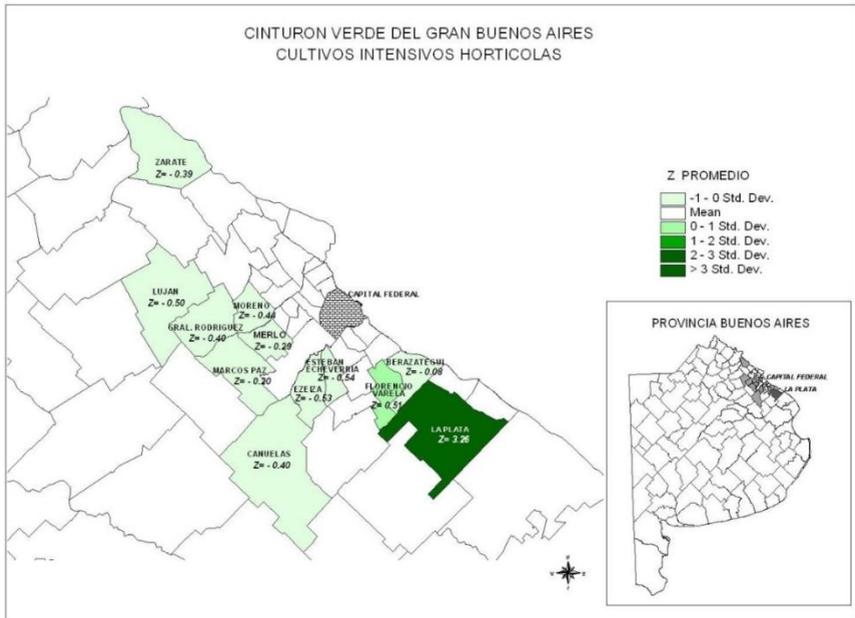
Expondremos primero los principales marcos conceptuales que explican la importancia de la comunidad boliviana en la horticultura platense, los procesos migratorios desde Bolivia hacia Argentina y las desigualdades de género en dichos ámbitos. A continuación presentaremos algunas consideraciones metodológicas respecto de la forma y el contexto en que se construyó la muestra y la evidencia empírica que dio lugar a la investigación, y explicaremos cómo realizamos el análisis de los datos. Luego introduciremos el análisis de los procesos de construcción de roles de género en distintos puntos de las trayectorias, como la infancia campesina en Bolivia, el tránsito del campo a la ciudad y la migración de Bolivia a Argentina para trabajar en horticultura. Finalmente, recapitularemos las principales ideas y reflexionaremos sobre los aportes de este trabajo al campo de los estudios de género en la agricultura familiar.

Apuntes para pensar la desigualdad de género en la horticultura platense

La investigación se realizó en el cinturón hortícola platense (CHP), ubicado al sur del área metropolitana de Buenos Aires. El CHP es uno de los territorios

productivos más importantes del país, por su densidad de establecimientos y nivel de productividad y por abastecer de alimentos frescos a la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, donde viven más de 15 millones de personas (1/3 de la población argentina).

Figura N°1. Cultivos intensivos hortícolas del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA)



Fuente: Rivas, Gabriel Atilio (2005, p.6)

La Plata es el partido con mayor volumen de producción hortícola intensiva del AMBA (como se observa en la figura 1, según la intensidad del color verde. Al igual que en otros cinturones verdes del país, la horticultura es un nicho laboral ocupado principalmente por migrantes de origen boliviano entre los que predominan las unidades familiares de pequeña escala. Muchos/as han conseguido insertarse en la horticultura como peones o medianeros, y llegaron a

ser productores/as mediante arrendamiento o compra de las tierras (Benencia & Quaranta, 2006). Paradójicamente, este ascenso social que los convierte en pequeños/as productores/as (con aporte de la propia fuerza de trabajo y la de su familia) no revierte las condiciones de explotación, precariedad e informalidad que caracterizan a este mercado laboral, manteniendo a muchas familias en situación de pobreza y marginalidad (Fernández, 2018).

La comunidad boliviana comenzó a llegar al gran La Plata en los años 1980, y se ha ido consolidando como un actor hegemónico en la horticultura, accediendo a la tierra a través del arrendamiento (García & Lemmi, 2011). La mayoría proviene de áreas rurales de Bolivia, donde trabajaban en una agricultura de subsistencia. Uno de los principales motivos de la migración tiene que ver con la falta de trabajo, los bajos salarios y la escasez de tierras para producir (Cassanello, 2014). Por la importancia que han tenido las redes desplegadas por esta comunidad para el desarrollo de procesos de acumulación en la producción hortícola alrededor de distintos centros urbanos del país, Benencia (2005) sostiene que se trata de una migración transnacional.

En Argentina, que ha sido históricamente un país receptor de migrantes (tanto limítrofes como de ultramar), las migraciones desde países como Bolivia se han enmarcado simbólicamente en una clasificación que atribuye una inferioridad racial y cultural a los pueblos originarios, y que funciona como una discriminación negativa segmentando los mercados de trabajo y asignándole a estos grupos los nichos laborales más desfavorables (Ataide, 2015: 48). A pesar de ello, Argentina representa aun el principal destino de la emigración boliviana¹, insertándose en sectores informales y precarizados como venta ambulante, construcción, costura, trabajo doméstico y agricultura (Cassanello, 2014: 106).

Los procesos de movilidad social de la comunidad boliviana en la horticultura han sido ampliamente estudiados (Benencia & Quaranta, 2006; García, 2011), sin embargo llama la atención que las mujeres aparecen, en general, en el rol de acompañante, ayudante o colaboradora, o simplemente invisibilizadas tras la idea de estrategias familiares: el referente empírico es, en definitiva, el jefe de familia. Entendemos que estos análisis reproducen una mirada que no tiene en cuenta el aporte de las mujeres al trabajo productivo, pero también al reproductivo, negando la interdependencia entre ambas esferas para la sostenibilidad de la vida y naturalizando la feminización del trabajo doméstico y

¹ Según el censo de población de Bolivia del año 2012, el 38,2% de las migraciones de ese país tienen como destino la Argentina. Si segmentamos ese flujo migratorio entre la población rural, el porcentaje aumenta al 53,6% (INE, 2015).

de cuidados (Federici, 2013; Pérez Orozco, 2014; Rodríguez Enríquez, 2015; Torns, 2008). El hecho de que la unidad productiva y el hogar se ubiquen en el mismo lugar y de que todo el grupo familiar aporte para realizar la producción, lleva a que las tareas realizadas por las mujeres (y también por los jóvenes) queden desdibujadas, ya que su trabajo no es contabilizado ni remunerado, sino que aporta a la economía familiar, manejada principalmente por los hombres. Del mismo modo, la continuidad entre el trabajo productivo y los trabajos domésticos y de cuidados que realizan las mujeres (con exclusividad, por el hecho de ser madres y esposas), supone una jornada laboral sin descansos.

A la hora de pensar el rol de las mujeres en los procesos migratorios, numerosas autoras (Gregorio Gil, 1998; Ariza, 2000; Oso, 2007; Hugo, 2000; Tienda y Booth, 2008 citadas en Parella Rubio, 2012), destacan que las migraciones suponen una apertura a transformaciones más o menos profundas en las trayectorias vitales, redefiniendo también asimetrías de género y relaciones sociales dentro de la familia, afectando tanto a quienes migran como a quienes permanecen en origen. Sin embargo, no podemos pensar en una relación directa y unívoca entre migración y, por ejemplo, procesos de empoderamiento (Hugo, 2000; Tienda y Booth, 1991 en Cacopardo et al, 2005: 32). En ese sentido, entendemos que la migración como factor de cambio en las trayectorias puede generar nuevas oportunidades de vida, procesos de movilidad social y de mayor autonomía para las mujeres, aunque esto no sea una consecuencia lineal ni necesaria; como observa Magliano (2007), para las mujeres migrantes bolivianas no necesariamente transforma las relaciones de género y los esquemas culturales propios de la comunidad de origen.

Existen algunos estudios que ya han incorporado una perspectiva de género al analizar distintos territorios hortícolas del país (Bocero & Di Bona, 2013; Insaurralde & Lemmi, 2018). Estas autoras presentan una mirada ampliada de la noción de trabajo, que incluye tanto los trabajos productivos como reproductivos, y entiende las formas de organización del trabajo familiar como estructuradas por relaciones de género. Así, ponen de manifiesto la desigual distribución del trabajo entre varones y mujeres: los trabajos productivos en la quinta como responsabilidad primordial de los varones, frente a los trabajos domésticos y reproductivos responsabilidad exclusiva de las mujeres, aún cuando participen también del trabajo de la tierra. Por otro lado, abordan también las formas que asume la desigualdad social en los procesos migratorios de la comunidad boliviana hacia Argentina, considerando la intersección entre identidades migrantes, origen étnico, desigualdad de género, y pertenencia de clase (Ataide, 2019; Ciarallo & Trpin, 2015; Magliano, 2007, 2009; Mallimaci, 2012; Trpin & Brouchoud, 2014). Todas coinciden en la importancia de

considerar al género como un factor determinante y estructurante de las migraciones, en tanto principio de organización social (Gregorio Gil, 2012) y como forma de deconstruir la mirada homogeneizante de los estudios migratorios, que reproducía un orden social masculino centrado en la experiencia laboral/productiva (Trpin & Brouchoud, 2014: 114).

Los antecedentes señalan desigualdades de género persistentes en la horticultura. Asumimos como hipótesis que las formas de dominación patriarcal se basan en sentidos comunes transmitidos de generación en generación, por medio de valores y prácticas inculcadas mediante la división sexual del trabajo y la diferenciación por género desde la primera infancia (lo que varias autoras denominan como “sistema sexo-género”(Rubin, 1986; Stölen, 2004)). En esta investigación nos proponemos comprender de qué manera se construyen las formas en que se han ido construyendo roles y estereotipos de género que naturalizan la feminización de los trabajos domésticos y de cuidado -y a la mujer como madre y esposa-, a lo largo de las trayectorias laborales y migratorias de mujeres bolivianas que viven y trabajan en el CHP. Entendemos que esta mirada longitudinal y desde el punto de vista de las sujetas aporta un enfoque novedoso a los estudios de género en ámbitos rurales y migrantes.

El análisis de trayectorias como abordaje de las tramas de la desigualdad

Al comprender la desigualdad como un fenómeno complejo, multidimensional y variable (Reygadas, 2004), definimos realizar un estudio que nos permitiera ir identificando las transformaciones (y continuidades) de los roles de género a lo largo de la trayectoria vital de las mujeres. La técnica metodológica es la entrevista biográfica, en la que el sujeto se revaloriza en tanto objeto de la investigación, poniendo en el centro del análisis su historia de vida y sus interpretaciones respecto de esas vivencias.

El análisis biográfico incluye la sucesión de eventos vitales y situaciones experimentadas por los actores sociales, que van delineando un “recorrido” y configurando el entrecruzamiento de diferentes esferas de la vida a lo largo del tiempo (Bertaux, 1981). Esta perspectiva adopta de manera privilegiada el análisis de procesos de cambio social, puesto que se propone comprender las secuencias de acontecimientos que se suceden a lo largo de la historia de vida de las personas, prestando especial atención a la temporalidad y a los cambios en el tiempo y en su contexto histórico (Muñiz Terra, 2012).

El trabajo de campo se realizó en el seno de una organización gremial (Movimiento de Trabajadores Excluidos – Rama Rural, CTEP), que nuclea familias campesinas y de pequeños/as productores/as rurales en 18 provincias argentinas, y posee uno de sus grupos más numerosos en el gran La Plata. Allí participan unos 3.000 horticultores/as con el objetivo de mejorar su calidad de vida, comercializar su producción, promover la agroecología y lograr el acceso a la propiedad de la tierra.

Las entrevistadas fueron seleccionadas por ser productoras horticolas en la región y participantes de las Rondas de mujeres (un espacio del MTE, impulsado por militantes feministas, destinado a generar momentos de encuentro, ocio y empoderamiento para las productoras), ya que esa fue la puerta de entrada para establecer el vínculo con ellas. También por su voluntad para formar parte de la investigación y para contar la historia de su vida. En total se realizaron observaciones participantes en 20 encuentros de las Rondas de mujeres durante 14 meses, con unas 80 mujeres. De éstas, 10 fueron entrevistadas en sus quintas y contactadas al menos en dos oportunidades cada una. La técnica de historias de vida permitió reconstruir junto a ellas sus trayectorias migratorias y laborales, enfatizando el rol ocupado por las mujeres de su familia (y por ellas mismas) en los ámbitos laborales-productivos (trabajo remunerado) y domésticos-reproductivos (tareas de cuidado). Si bien en el artículo analizamos tres casos en particular, su alcance explicativo por contraste se señala tomando en cuenta la totalidad del material construido en el trabajo de campo.

Trayectorias laborales y migratorias de horticultoras bolivianas

Identificamos ciertos elementos comunes en las trayectorias que nos permitieron subdividir las en distintos períodos vitales, a partir de ciertos “puntos de inflexión”, momentos puntuales de la historia de vida que provocan cambios o redireccionamientos en la trayectoria (Godard, 1996), según los ejes de análisis propuestos (género, migración, trabajo). Estos períodos son:

- la niñez, asociada a la escolaridad y al trabajo familiar campesino;
- la migración interna en Bolivia, ligada a los primeros trabajos fuera del hogar;
- la migración internacional a la Argentina, relacionada al trabajo en la horticultura;
- la maternidad, como experiencia significativa para las mujeres en cualquier momento de su trayectoria;

- la participación en procesos organizativos, particularmente en las rondas de mujeres como disparador de reflexiones en torno a las relaciones de género.

Figura 2. Períodos vitales construidos a partir de entrevistas biográficas



Fuente: Elaboración propia

En este trabajo presentamos a modo ilustrativo la historia de vida de tres horticultoras (Beatriz, Carola y Nadia), cuyos recorridos migratorios y laborales, si bien han sido similares, presentan diferentes elementos que nos permiten analizar la forma en que se construyen y articulan las relaciones y roles de género en este sector social.

Caso 1: Beatriz, 39 años

Beatriz, de origen campesino de los cerros de Tarija (Bolivia), es la tercera de seis hermanos/as, pero siempre actuó como hermana mayor. Estudió hasta el 2° grado de la primaria y tuvo que abandonar para ayudar a su padre en la agricultura. Su primer trabajo fuera del hogar patermaterno fue en la ciudad, como cocinera cama adentro, a los 14 años. Debido a la maternidad temprana intercaló trabajos en la ciudad con producción en el campo para poder subsistir y contar con la ayuda de su familia. Entre los 18 y los 25 estuvo en pareja y tuvo 3 hijas más, pero decidió terminar con esta relación debido a los maltratos. Migró por primera vez hacia Argentina a los 28 años, acompañando a su nueva pareja y dejando a sus cuatro hijas al cuidado de su madre y su hermana. Él ya había trabajado años anteriores en la producción hortícola con su tío, en La Plata. Allí trabajaron como medianeros muchos años y posteriormente alquilaron una parcela para trabajar por cuenta propia. En Argentina tuvo 2 hijas más, que hoy tienen 9 y 3 años. Ambos participan de una organización gremial, en la cual Beatriz asiste a las rondas de mujeres y es encargada de un merendero.

Hoy tiene 39 años y aunque le gustaría volver a Bolivia, decide quedarse para que sus hijas puedan estudiar y, si bien el trabajo de la quinta le gusta, quisiera poder poner un puesto de comida para trabajar de eso.

(Entrevistas personales realizadas en Olmos, La Plata, el 01/06/2018 y 11/07/2018).

Caso 2: Carola, 30 años

Carola, oriunda de la zona rural de Potosí, es la tercera de cuatro hermanos/as. Pudo estudiar hasta 8vo grado, ya que quien ayudaba a su padre en la producción era su hermana mayor. Migró por primera vez hacia Argentina siguiendo una tradición familiar y comunitaria. Su padre, hermana, primos y demás parientes del pueblo habían viajado al país vecino para buscar una mejor vida. Llegó a los 17 años a Tucumán donde la recibieron unos primos, y luego se instaló en La Plata junto a su hermana. Siempre trabajó en agricultura, excepto una temporada que probó emplearse en la costura en Buenos Aires. En La Plata formó pareja y juntos recorrieron varias provincias trabajando en el campo por temporadas, hasta que decidieron instalarse nuevamente en La Plata donde viven actualmente y crían a sus dos hijos. Ambos forman parte de una organización gremial en la cual reclaman por sus derechos como agricultores/as, y además Carola participa de las rondas de mujeres. Hoy ella tiene 30 años y le gustaría regresar a vivir a Bolivia, aunque reconoce que sus hijos ya no se adaptan allá. Quisiera conseguir un pedazo de tierra propio en Argentina para poder seguir produciendo.

(Entrevistas personales realizadas en Olmos, La Plata, el 13/06/2018 y 27/08/2018).

Caso 3: Nadia, 34 años.

Nadia, de origen campesino de Sucre, departamento Chuquisaca, es la tercera de 10 hermanos/as. Abandonó la escuela en segundo grado por la necesidad de trabajar para ayudar a su familia. A los 9 años cuidaba las chivas de los vecinos o cosechaba maní. A los 15 años se trasladó a la ciudad para emplearse en el servicio doméstico cama adentro. Pasó por distintas ciudades de Bolivia hasta conocer a su pareja actual, quien trabajaba en la construcción. Juntos decidieron probar suerte en Argentina y llegaron a Buenos Aires, donde él tenía parientes,

pero el trabajo en la ciudad no les convenció. Así contactaron a los hermanos de ella que trabajaban en las quintas de La Plata. Comenzaron empleándose como medianeros, hasta que pudieron independizarse y alquilar una quinta propia. Hoy alquilan 4 hectáreas donde producen junto a cuatro familias medianeras. A Nadia le hubiera gustado ser madre, pero tiene 34 años y nunca pudo quedar embarazada. Quisiera regresar a vivir a su pago, en Bolivia, donde no siente discriminación como en Argentina. Se iría tanto al campo como a la ciudad, ya que si bien no tiene estudios sabe que puede aprender a trabajar de lo que sea y hacerlo bien.

(Entrevistas personales realizadas en Los Hornos, La Plata, el 20/06/2018 y 13/09/2018).

En los próximos sub-apartados introducimos de manera analítica, siguiendo los relatos de las entrevistadas (fundamentalmente de Beatriz, Carola y Nadia, aunque cuando resulte oportuno también incluimos la voz de otras productoras), la forma en que estas mujeres han transitado la niñez y las migraciones interna e internacional, mostrando cómo el pasaje por dichas instancias laborales y migratorias nos permite comprender las formas en que se configuran, reproducen y transforman los roles de género ocupados por (y asignados a) las mujeres².

Adelantándonos a algunos hallazgos, encontramos que estas productoras que han transitado un proceso de reflexión colectiva en grupos de mujeres, presentan en ocasiones un discurso crítico respecto de sus vivencias del pasado, analizándolo desde una mirada de género. Vale la pena aclarar que estos discursos, muy significativos respecto de la reflexividad de las actoras sobre su propia situación y su pasado (proceso fuertemente relacionado con su militancia en el MTE y las rondas de mujeres), no necesariamente se condicen (por ser un proceso incipiente, y por las rigideces propias del sistema de dominación patriarcal) con transformaciones materiales en las prácticas y relaciones cotidianas. Además, este proceso de reflexividad crítica sobre la desigualdad de género no es significativo del universo de productoras cuyas trayectorias son similares a las descritas en este trabajo, pero sí nos muestra un horizonte de

² Si bien las trayectorias presentadas se constituyen como un todo, porque así fueron reconstruidas en el marco de la investigación, en este artículo consideramos especialmente los períodos 1, 2 y 3 (niñez, migración interna e internacional), mientras el resto es abordado tangencialmente.

transformación posible, en la medida en que más mujeres (y hombres) tengan acceso a hablar, debatir y reflexionar sobre estos temas.

Roles de género en las estrategias de reproducción de la familia campesina

El trabajo familiar en el campo y la feminización del trabajo doméstico y los cuidados

Beatriz comentaba que cuando era niña:

“Yo ayudaba a mi papá, trabajaba, iba a ayudarlo... Allá en Bolivia trabajábamos en cerros, teníamos yuntas de bueyes, echando semillas para que produzcan los alimentos para nosotros. Y con mi mamá... mi mamá a veces iba por detrás con la comida, nosotros íbamos a veces temprano, sin tomar desayuno”.

Ella es la tercera de seis hermanos/as. Las familias campesinas en las que se criaron las entrevistadas son numerosas (entre 4 y 10 hijos/as), y todos/as tenían una tarea asignada para colaborar con la economía familiar. En un contexto de extrema pobreza, el principal objetivo era garantizar la subsistencia mediante el cultivo de alimentos y su intercambio en las ciudades por otras mercancías de primera necesidad. Beatriz iba con su papá, un día y medio en burro, hasta el pueblo para poder vender el trigo o el maíz y comprar productos como aceite o jabón. Se trataba de una unidad doméstica de producción y consumo, en la cual la principal estrategia era el empleo de la fuerza de trabajo de todos los miembros de la familia para la producción de alimentos, con muy baja integración con los mercados.

Si bien todos los miembros de la familia trabajaban en el campo, encontramos una división sexual del trabajo en función de quién asumía mayores responsabilidades en el trabajo productivo o doméstico. Mientras los varones eran los principales responsables por la producción de cereales y legumbres, el cuidado de los animales o conseguir dinero a través del comercio, la responsabilidad de las mujeres se centraba en estar a cargo de los hijos y ocuparse de las tareas del hogar.

Sandra, otra entrevistada, reflexionando sobre esta división de roles mencionaba que:

“Trabajar en el campo sí, era más parejo, pero más o menos ponele... porque en la casa lo hacíamos mayormente las mujeres, porque los hombres... como ser, mis

hermanos, no... Ellos iban a cuidar los animales, ponele, que a las mujeres no nos dejaban ir a hacer eso porque éramos mujeres. Pero cuando teníamos que hacer lo hacíamos igual.” (Sandra, entrevista personal, 12/07/2018)

En esta división del trabajo aparece una primera desigualdad dentro de las familias, que reproducen los estereotipos de mujer-cuidadora y de hombre-proveedor, típicos de la ideología patriarcal. La responsabilidad por las tareas domésticas y de cuidados no les quitaba a las mujeres, sin embargo, responsabilidad en la producción de alimentos, sino que estos se adicionaban; pero no ocurría a la inversa en relación a la responsabilidad de los varones por las tareas del hogar y de cuidados.

La falta de información e inexistencia de métodos anticonceptivos y de educación sexuales uno de los factores que refuerza la naturalización de la división sexual del trabajo en el contexto campesino. Muchas mujeres estaban embarazadas o en período de lactancia durante varios años seguidos, razón por la cual permanecían en el hogar, reforzando la feminización de los trabajos domésticos y el lugar de las mujeres como “naturalmente” cuidadoras, asociado a la maternidad. Como mencionaba otra productora, que tiene 9 hermanos y hermanas:

“No me acordaba cómo era mi mamá sin estar embarazada, pensaba que así era su cuerpo y sólo de grande fui a darme cuenta de que estaba esperando un bebé.” (Elena, ronda de mujeres de Los Hornos, 29/10/2017).

Nadia, que tiene 10 hermanos/as, también menciona el doble trabajo de la mujer en el campo, y la maternidad como un “destino ineludible” (“venían los hijos”) debido a la falta de educación sexual:

“N: Mi mamá... vivía con nosotros ahí. Trabajaba así en las verduras también. En la buertita, poniendo papa para que comamos. Trabajaba con mi papá. Los dos. Teníamos animales, íbamos a pastear. (...) Mi mamá era buena. Con mi papá no sabían pelear, no sabían discutir. Venían los hijos, seguiditos.

M: ¿No se cuidaban ni nada?

N: Para mí que esas veces no había para cuidarse, nada. Tal vez habría, pero en el campo no había. Así que tenía hijos, lo que venga.”

La distinción entre hijos/as mayores y menores y el acceso a la educación de las mujeres

Carola, que es la tercera de cuatro hermanxs, comentaba en relación a la educación que:

“Y mi hermana mayor, no [no pudo estudiar]. Siempre estaba fuera de la casa. Vino aquí a Argentina, volvió, de vuelta ya ha ido a La Paz a emplearse. Como era mayor ella, siempre estaba ayudando a la familia. Siempre estaba trabajando.”

No encontramos una distinción por género muy marcada en la asignación de tareas productivas a lxs hijxs durante la niñez, sino que la mayor responsabilidad recaía sobre el o la mayor, quien acompañaba al padre a trabajar al campo, ya fuera el sembradío propio o afuera por temporadas. La figura del hermano/a mayor aparece como muy importante en esta forma de organización familiar, puesto que en ellos/as recae la responsabilidad de trabajar para mantener a los/as menores. Por esta razón, tuvieron menos oportunidades educativas (debieron salir antes de la escuela) que quienes por ser menores no tenían tantas responsabilidades familiares.

Beatriz, que abandonó la escuela en segundo grado (7 años) para comenzar a trabajar, reflexiona sobre esta situación:

“Mis hermanos... la más menor estudió más que yo, ella sí iba mucho a la escuela. Y yo cuando ella iba mucho al colegio, yo me ponía a pensar, yo decía ‘¿por qué no estudio y la hacen estudiar a ella?’

-¿Y por qué pensás que...?

-Es porque mi papá a ella nunca le dijo ‘Mirá, vos vení, vas a ir conmigo a trabajar al cerro’. Todo era yo, porque yo era la más grande.”

Por otro lado, en relación al abandono escolar, Nadia contaba que:

“He ido hasta primero, segundo, y segundo no pasé a tercero. Porque nosotros éramos muchos, así que tenía que ir a lo de mi papá, o tenía que ir a ganarme en esa edad unos pesitos. Y era trabajar para comer por lo menos. (...) [trabajaba] Cuidando chivas. Teníamos animales. Bueno, otras personas tenían animales. Ir al monte a pasear las chivas. Ya la gente pagaba con una bolsa de papas, y eso le llevaba yo a mi mamá, a mis hermanitos.”

Muchas familias enviaban a algunos/as de sus hijos/as para vivir en casas de otras familias más pudientes (en general parientes o conocidos), quienes estaban a cargo de su manutención y educación a cambio de trabajo. Dependiendo de la

familia que les recibiera, el trabajo podía ser en el campo (cuidando animales o cosechando), o en el hogar, cumpliendo tareas de servicio doméstico (si eran mujeres). El pago era en especie (bolsas de alimento que eran entregadas a la familia), o bien en metálico, pero por un valor menor que el salario convencional para dichas tareas, y también era entregado al padre o madre de la niña o niño.

Carola y su hermana menor, por el contrario, pudieron estudiar hasta octavo grado gracias a que la mayor era quien trabajaba. Si bien ella pudo estudiar, reflexiona sobre la desigualdad de género en el acceso a la educación entre varones y mujeres:

“Mi mamá nunca estudió. Nunca le dieron la oportunidad de estudiar. Porque antes, los abuelos eran más de hacer estudiar a los hombres. Así me contaba mi mamá. Que no, porque las mujeres no son para estudiar, que son para cuidar chicos, para cuidar las ovejas, para cuidar los animales y todo eso. A mi papá sí.”

La priorización del estudio de los varones de la familia antes que el de las mujeres, tiene que ver con la expectativa de que éstos pudieran prosperar consiguiendo un mejor empleo en la ciudad, y así ayudar a sostener económicamente el hogar, reproduciendo el estereotipo del varón-proveedor. El trabajo infantil era una de las estrategias de reproducción de la familia campesina, y la desescolarización temprana de los/as hijos/as una consecuencia de la necesidad de que todos los miembros aportaran para garantizar la subsistencia. La necesidad de salir a trabajar se acentuaba en el caso de los/as mayores, mientras que los/as menores en general asistieron más años a la escuela y tuvieron menos obligaciones laborales. Entre éstos/as últimos/as, los varones fueron más estimulados que las mujeres para continuar estudiando, como observamos tanto en el caso de entrevistadas que tuvieron hermanos menores, como en relación a sus parejas actuales, quienes en general también poseen un mayor nivel educativo que ellas. Esto muestra una continuidad con una tendencia que ya venía de la generación anterior, en la cual los padres de las entrevistadas habían tenido acceso a algunos años de la educación formal o habían aprendido un oficio (constructor, partero, curandero, agricultor), mientras que las madres -por el hecho de ser mujeres- no habían sido enviadas a la escuela, y muchas son analfabetas o directamente no hablan español (y manejan lenguas originarias, como el quechua).

Una de las productoras que desde la actualidad reflexiona críticamente sobre su período de crianza, señala el fuerte mandato en relación a que las mujeres

aprendieran a realizar las tareas domésticas, para poder cumplir con su rol de esposas-cuidadoras cuando formaran su propio hogar:

“Yo lo veo por ese lado. Eran como más machistas en ese tiempo. (...) Yo con mi hermano el mayor varias veces me he agarrado a las piñas. Porque era todo yo y él no quería hacer, y bueno, varias veces peleábamos por eso. Te mandaban a barrer, a cocinar, a lavar la ropa de tus hermanos. Cosa que yo decía ‘¿Por qué no lo hace él, si él también es grande?’. Pero siempre te decían ‘Vos sos mujer, vos tenés que aprender. El día de mañana te vas a juntar y no vas a saber lavar la ropa’, siempre te recalaban eso.” (Sandra, entrevista personal, 13/09/2018)

Si bien no todas las entrevistadas lo expresan de la misma manera, a partir del análisis de varios relatos interpretamos, como mostramos en el siguiente apartado, que la enseñanza de las mujeres desde muy jóvenes a realizar trabajos domésticos y cuidar de sus hermanos/as menores forma parte de un entrenamiento y disciplinamiento de los cuerpos femeninos para ser buenas madres y esposas, desempeñando estas tareas en sus futuros hogares.

Trayectorias laborales feminizadas: cuerpos entrenados y disponibles para el cuidado.

Beatriz nos narra sus primeras experiencias laborales al salir del hogar paterno-materno a los 14 años:

“Y después ya cuando mucho me hacía falta, yo me quería comprar la ropa buena. Hay otros que se compran y yo no podía comprarme, y entonces yo bajaba a la ciudad a trabajar para comprarme ropa. (...) A los 14 años yo me salí de la casa. (...) Llegué a mi tía primero, después salí de mi tía, salí por allí a buscar trabajo. Y justo la señora me dice ‘¿No querés trabajar?’, me dice, ‘Sí, le digo’ (...) ‘¿Pero en qué querés trabajar?’, me dice. Pues yo le digo ‘Quiero trabajar en lo que sea’. Entonces me dice ‘De niñera’, y a mí no me gustaba. ‘No me gustan los nenes’, le decía yo. ‘Entonces de vender carne’, ‘Tampoco me gusta vender carne’. Entonces después al otro día de vuelta salí, encontré a otra señora que me dice ‘¿No querés trabajar, pero de cocinera?’, ahí sí yo dije ‘Qué rico!’.”

Al igual que Beatriz, muchas de las productoras que conocimos durante el trabajo de campo en las rondas y la mayoría de las entrevistadas migraron muy jóvenes del campo a la ciudad (entre los 8 y 15 años aproximadamente) para emplearse en el servicio doméstico. Estaban motivadas por una necesidad económica, en la que se entremezclan la estrategia familiar de garantizar la subsistencia del grupo con la estrategia individual de alcanzar cierta

independencia económica y acceso a bienes de consumo a los que no accedían en el campo (ropa, calzado, elementos de higiene). Para Beatriz independizarse económicamente significó “(...) *divertirme, ir, conocer, distraerme. No estar ahí nomás metida en la cocina. Salir, comer algo por allá que yo no haga con mis manos.*”

Nadia considera que se independizó cuando comenzó a trabajar a los 8 años, y con el dinero que ganaba pudo comprarse zapatos. Antes sólo usaba sandalias que su papá le hacía con gomas de auto. Más tarde, se fue del hogar patermaterno para trabajar como empleada doméstica cama adentro en la ciudad:

N: Y a los 15 años, ahí sí salí a la ciudad a trabajar de empleada. Trabajaba en casas de familia, limpieza, cocinera.

M: ¿Pero vivías con ellos?

N: Claro. Así era. Después ya cuando yo lo conocí a mi marido estábamos de novios y solamente los fines de semana nos veíamos. Nada más.”

En función de este relato, y los de otras productoras que trabajaron “en casa de familia”, podemos reconstruir que la modalidad del trabajo cama adentro implicaba una jornada continua con un día libre a la semana, en el cual podían descansar o pasear. Esta forma de control sobre el cuerpo de las mujeres (o niñas) forma parte de la transmisión de valores y creencias que asignan a la mujer un rol pasivo, frágil, sumiso, asociado a los cuidados y no tanto al trabajo productivo.

Las trayectorias laborales de las entrevistadas y de sus parientes varones (hermanos, primos, parejas) reproducen un patrón típico en el cual, en las primeras inserciones fuera de la familia campesina los varones se emplean como vendedores ambulantes, transportistas o albañiles, mientras las mujeres realizan en su gran mayoría trabajos relacionados con la servidumbre (limpieza, cuidadoras, lavanderas, cocineras). Esto responde tanto a la feminización de los trabajos domésticos y de cuidados, como a los estereotipos que sitúan a los hombres en los espacios públicos y a las mujeres en los ámbitos privados. Una de las principales consecuencias de esta diferenciación en términos de desigualdad de género tiene que ver con las condiciones laborales y las posibilidades que estas opciones delimitadas por sexo ofrecen a varones y mujeres para desarrollarse. Si bien todos los trabajos a los que estos/as jóvenes campesinos/as tenían acceso en la ciudad (por su origen, nivel educativo, edad) eran informales y mal remunerados, encontramos una diferencia que aparenta ser significativa entre aquellos realizados por varones y por mujeres. A diferencia de los trabajos “de la esfera pública”, donde los trabajadores tienen autonomía y



control sobre sus tiempos fuera del horario laboral, el servicio doméstico cama adentro presenta una reminiscencia de las relaciones de servidumbre en la cual las trabajadoras deben estar disponibles las 24hs, y experimentan un control casi total de su cotidianeidad y su vida privada.

Resistencias y aprendizajes en la etapa del servicio doméstico

Si bien existe una continuidad entre el entrenamiento como mujeres-cuidadoras en su hogar de origen y los empleos obtenidos con la migración a la ciudad (cocineras, niñeras, sirvientas), encontramos que este cambio de contexto implica el aprendizaje de un nuevo trabajo, ya que la forma de realizar las tareas domésticas en el campo (casas con piso de tierra, lavado de ropa en el río, cocina a leña) y en la ciudad (lustrar, limpiar adornos, lavar la vereda, cocinar a gas) eran totalmente diferentes. Al igual que otras entrevistadas Nadia señala que al venir del campo, nunca había aprendido a limpiar pisos, o que las comidas queridas en su trabajo eran diferentes a las que ella sabía cocinar:

N: Y a los 15, 16 años, ahí sí salí a la ciudad a trabajar de empleada. Yo vivía del campo, el piso de tierra. Nunca llegué a conocer un trapeador. Así que limpiaba en casas de familias.

M: ¿Y ahí quién te enseñó?

N: Había otras chicas que trabajaban ahí. Mirándolas, así aprendí. Aprendí a cocinar, y después de ahí entré a trabajar en otra, que me pagaban un poquito más, mientras trabajaba de cocinera. (...) Por ahí decían ‘Mirá, no me gustó, quiero que hagas así’, o te enseñaban. Porque todas no comen igual la comida.”

Sugerimos que esta correspondencia entre ser mujer y trabajar como empleada doméstica tiene que ver con la feminización naturalizada de los trabajos de cuidados y la transmisión de una ideología que va delimitando la esfera de acción de las mujeres en el ámbito de la servidumbre, un trabajo que está social y culturalmente más desvalorizado que otros, y asociado a su vez a las figuras de madre y esposa.

La precariedad, informalidad y baja remuneración de los trabajos que conseguían las entrevistadas, habilitaba en simultáneo que la rotación entre empleos fuera muy alta, y que prácticamente no persistieran relaciones de sujeción entre las mujeres que entrevistamos y sus patronas. Esto les permitió desarrollar una habilidad valorada por todas, que tiene que ver tanto con el saber trabajar (y saber que se valen por sí mismas para sustentarse) como con la

flexibilidad necesaria para aprender nuevos oficios y cambiar de empleo, de rubro, de ciudad o de país, si así lo veían necesario o si encontraban nuevas oportunidades. Nadia mencionaba al respecto de esta flexibilidad que:

“Me tocaron algunas patronas malas, pero... también hay algunas malas y hay algunas que no te entienden. Pero también me sabía defender, no soy de quedarme calladita. (...) Era muy malita era, porque había una patrona, me decía que ‘Esto es así’, y yo le decía que no es ella mi mamá para tratarme así. Que si las cosas van a ser así, que se busque otra chica que le sirva mejor, yo me retiro. (...) Hay algunas patronas malas. Qué sé yo, hay veces que el tiempo no te alcanza (...) Pero si vos sabés defenderte, sabés hablar (...) yo no me aguantaba, si me tratan un poquito mal, me hacías las maletitas, chau. No me importaba si me pagan no me pagan.”

Lidiar con “patronas malas” y “patronas buenas” emergió, en el trabajo de campo, como una experiencia recurrente para las entrevistadas, quienes desde la actualidad le daban el significado de momentos de aprendizajes. Estas enseñanzas de sus primeros trabajos tenían que ver tanto con *saber defenderse* (como mencionaba Nadia, salir de situaciones de maltrato o hacerse respetar), como también cuando las patronas eran buenas y *les tenían paciencia* para aprender cosas que tal vez no habían conocido antes por su vida en el campo. A modo de ejemplo, consideran que las “patronas buenas” les enseñaron sobre salud sexual, a hablar “correctamente”, les regalaban elementos de higiene, o las incentivaban para que continuaran estudiando, más allá de que su familia no quisiera.

Al narrar el final de su paso por el servicio doméstico Nadia recupera el hecho de haber conocido a su actual marido y la intención de “buscar una mejor vida”, que significó migrar hacia Argentina:

“Nos conocimos con amigas, amigos, presentándonos. (...) Él tenía su trabajo, solamente salíamos los fines de semana. Teníamos un día de paseos, y salíamos ahí a la pachanga. (...) Después nos juntamos, él trabajaba en construcción y yo seguía trabajando en casas de familia. Pero ya iba a la mañanita, volvía a la tarde. Así trabajamos un tiempo, y no nos ha ido bien. Era muy sacrificado. Allá no se gana tan bien. Nosotros como éramos una pareja queríamos ganar más platita, teníamos otros planes también... tener hijos, tener una plata para que nuestros hijos estén bien. Vas a buscar la vida. Por ese motivo nos vinimos aquí.”

Para la mayoría, este período vital culmina en el momento en que forman pareja, comienzan a pensar en conformar su familia propia, o se quedan embarazadas, saliendo de la modalidad de trabajo cama adentro; que en ocasiones coincide también con la migración hacia Argentina.

Rol de las mujeres en la migración a la Argentina y el trabajo en la horticultura

Algunos trabajos señalan que para la movilidad de Bolivia hacia Argentina lo típico es que los varones sean pioneros en un proceso migratorio en el cual posteriormente se traslada la esposa, o toda la familia (Ataide, 2019; Mallimaci, 2012). Esto no implica, sin embargo, que las mujeres no tengan un proyecto propio en torno a la migración, ni que las relaciones de género no sean significativas para comprender el proyecto migratorio familiar. Por el contrario, la migración implica una conjunción de estrategias productivas y reproductivas que involucran a varones y mujeres de distinta manera y que permiten el asentamiento en el local de destino.

En nuestro trabajo de campo pudimos constatar que, si bien una forma muy extendida es la reagrupación familiar, las mujeres no siempre migran para reencontrarse con (o siguiendo a) su marido que ya habría viajado previamente, sino que encontramos una multiplicidad de casos posibles, como los que describimos en este apartado. Esto no significa, sin embargo, que la migración no forme parte de una estrategia de consolidación familiar en el lugar de destino, en el cual ciertos roles de género asociados a la mujer-cuidadora se perpetúan.

Motivos y formas de migrar

Muchas mujeres bolivianas migran hacia Argentina con sus parejas, y cuentan con redes que les permiten insertarse laboralmente. En el caso de Beatriz, sus maridos ya han probado suerte como peones, y luego regresaron a Bolivia “*para conseguir esposa*” y retornan a Argentina para continuar trabajando ya en vistas de armar una familia. Su pareja, también boliviano, había trabajado ya como peón en La Plata con un tío, antes de conocer a Beatriz en Tarija:

“Mi marido vino más adelante, hace mucho ya que venía [a La Plata]. Después de vuelta a ir allá [a Tarija], ahí se conocimos y ahí sí venimos.

-¿Y por qué tenías esa curiosidad de irte de tu país?

-Porque allá no había trabajo mucho. Yo pensaba, cuando se juntamos dije yo: ‘Tenemos que juntarnos, pero tenemos que tener trabajo seguro’. Allá no hay trabajo. Hay trabajo, pero para las personas que tienen casas, tienen vehículo. Pero yo no tenía esas cosas, entonces decidí venirme para acá.”

Llama la atención, en este caso, el hecho de que ella no supiera a qué parte de Argentina iba, ni tampoco de qué iba a trabajar, sino que esta información era manejada por él, que era quien tenía los contactos:

“Decidimos: ‘Vámonos a la Argentina, allá trabajamos’. Yo quería venir por conocer, más que todo, no conocía. Yo pensaba que aquí íbamos a trabajar casa adentro, mi imaginación de mí era así. Llegamos aquí a trabajar la tierra, como trabajaba allá(...) Vinimos y el tío de mi marido le dio una piecita, así como ésta, y ahí teníamos una camita... y no tenía nada, solamente la ropa que habíamos traído en el cuerpo.”

Nadia y su marido, por otro lado, decidieron juntos ir a probar suerte a Argentina dado que no estaban conformes con lo que ganaban en la ciudad como empleada doméstica y como albañil. Si bien no era su plan original, trabajar en el campo como lo habían hecho desde chicos resultó para ellos la mejor opción:

“[Llegamos] Aquí a Buenos Aires, ahí tenía mi marido un familiar, pero no nos ha ido bien. Hemos estado un año, un año y medio. Mi marido trabajaba en construcción y yo trabajaba en casas de familias, así de empleada. (...) Era muy sacrificado. Así que nos vinimos aquí a La Plata. Aquí yo tenía ya a mis hermanos. Y bueno, entré a la quinta a trabajar y... no sé. Como desde chicos nos hemos criado aquí en las quintas, labrando tierra todos los días, haciendo venir las verduras, las plantas, las flores.”

En este caso, el hecho de viajar juntos por primera vez y de ambos poseer contactos en destino para conseguir casa y trabajo, habilitaron una toma de decisiones conjunta una vez llegados a Argentina. Lo mismo con el aprendizaje del oficio hortícola, ya que más allá de venir del campo, implicó aprender y asumir nuevas tareas, tanto para sacar un cultivo adelante como para administrar una quinta propia:

[Cuando vine a La Plata] mis hermanos me buscaron trabajo. Así entré a trabajar a medias. Y ahí trabajé, y... estuve dos años, creo. Después ya me alquilé un pedacito, y ya trabajé. Hoy tengo alquilado el pedacito. Y pagamos una mensualidad por la tierra de eso, y trabajamos. (...) Cuando llegamos aquí empezamos a trabajar mirando a otra persona, aprendimos. Es muy fácil eso, no es difícil. Para mí es fácil. No sé, lo aprendí rápido, como vengo del campo, así que ya... vengo rápido aprendiendo. Nada es difícil para mí. Lo aprendo rápido y... me gustan las verduras.

Otras, como Carola, migraron siendo solteras, siguiendo el imaginario cultural de la migración exitosa y las redes de contactos familiares heredada de parientes que migraron anteriormente. La escasez de tierras y los bajos salarios en la ciudad, sumado al hecho de que la mayor parte de los jóvenes de la región migraran, la impulsaron a partir para “buscarse la vida”, en continuidad con la historia de su familia.

“Yo pienso que [la migración] es tema de que somos muchos y no nos alcanza la tierra para trabajar, para vivir tantas familias. (...) Imaginate, mis tíos tenían ocho hijos, siete hijos, y ellos ninguno está ahora en Bolivia. Todos están acá en Abasto, en Varela, en Escobar, algunos están en Mendoza, en La Rioja. Todos en Argentina. Todos mis familiares están aquí en Argentina. Solamente mis tíos están allá, viejitos.”

Carola se ha movido por distintas provincias argentinas a través de contactos establecidos por redes de parentesco, que le permitieron conseguir trabajo y vivienda, ya sea en la agricultura o como costurera en la ciudad, donde trabajó por un período. Muchos de estos vínculos formaban parte de las redes que había establecido su padre al ser trabajador golondrina durante décadas en Mendoza. Esta experiencia, también compartida por su hermana mayor, junto a la de muchas personas más de su comunidad que venían a “hacer plata a Argentina” constituían un acervo de prácticas, hábitos, imaginarios y expectativas que hacían que la migración internacional fuera un destino probable o “Nadial”:

“Yo por... pensaba que capaz iba encontrar mejor vida. Como que Bolivia no podíamos comprarte cuando eras joven a gusto una ropa, o a gusto lo que vos querías, en el campo... Y eso yo pensé, como que alguien más anteriores que han venido han llegado más que... decían que en Argentina podían ganar plata, o más cambiada que llegaban así. Y yo pensé en eso también, y por eso tomé decisión. Y siempre nos decían mis papás: ‘Si quieren ir yo creo que van a ir, porque acá no podemos dar lo máximo’.”

Si bien en Argentina han tenido otras oportunidades laborales, como la costura o el servicio doméstico, las entrevistadas han decidido (hasta el momento) permanecer en la horticultura: un trabajo que ya conocían por su origen campesino, y que les permite estar al aire libre y también pasar más tiempo con sus hijos/as.

El trabajo en la horticultura: la doble jornada como mandato femenino

En la horticultura platense el trabajo es preponderantemente familiar, y cada pareja trabaja entre una o dos hectáreas, ya sea por cuenta propia o en mediería. Respecto al trabajo en la quinta Carola señala que:

“Aquí no hay hombre o mujer. El hombre hace su trabajo y nosotras lo hacemos lo mismo el trabajo del hombre. Es cosechar lechuga o carpín o hacer carga en las jaulas, todos juntos. Siempre estamos los dos. No es que dicen a veces trabaja el hombre más, o la mujer menos. Yo creo que la mujer tiene más trabajo todavía, nosotras. Nosotras que somos del campo y... siempre estamos con trabajo, con los chicos, y con la quinta, así.”

Las jornadas laborales, dependiendo la temporada, superan las 10 o 12 horas diarias. Las mujeres trabajan a la par de los hombres en prácticamente todas las tareas, pero son ellos en general quienes toman las decisiones financieras y manejan la economía del hogar. Ellas, en cambio, son las responsables de mantener la casa en orden, de preparar las comidas y de cuidar a los hijos. En muchos casos, a pesar de trabajar en la producción, son económicamente dependientes ya que no cuentan con dinero propio.

Cuando hablamos sobre trabajo, Beatriz reconoce que el de la mujer siempre es más duro que el del hombre:

“(...) porque te tenés que levantar, mandar los chicos a la escuela, ir a trabajar a la quinta, volver, cocinar, lavar, limpiar. Por ahí tenés otro para llevar a la tarde a la escuela, tenés que alistar, llevar, ir a recoger al otro, volver. No tenés descanso. Pero... eso pasa, pasa en todo el mundo. Yo sé que pasa, ¿por qué? porque pensamos en nuestros hijos.”

Para Nadia, en cambio, si bien es ella quien se dedica a realizar tareas domésticas como limpieza y cocina, no reconoce estas actividades como “trabajo”. En consecuencia, esta división sexual del trabajo no le resulta incómoda o dispar, y entiende que ambos trabajan por igual, ya que así lo hacen en la quinta:

“Trabajamos los dos con mi marido. Llegamos de la quinta los dos. Y también salimos los dos. Así es. El trabajo es hombre, mujer... los dos lo hacemos igual. Si hay digamos, treinta, veinte, cuarenta jaulas para hacerlas, hacemos los dos. Mientras él viene a dejar las cargas al galpón yo estoy haciendo, o lo ayudo a empujar un carrito.”

Al reflexionar sobre usos del tiempo, la doble jornada laboral sin descanso es rápidamente identificada por las entrevistadas. Sin embargo, la mayoría la asume

como una función asociada al rol de madre y esposa, como algo que *“siempre ha sido así”*, y que en consecuencia es muy difícil de transformar, ya que supondría negociar su tiempo libre y la economía del hogar con los hombres.

A partir de los talleres en rRondas algunas toman consciencia y comienzan a tomarse tiempos de esparcimiento para sí mismas, como encontrarse con amigas, salir o jugar al fútbol; para otras este rol forma parte de sus tareas como mujer y es justificado ya que el trabajo del hombre también es muy sacrificado, porque ellos no saben hacer bien el trabajo doméstico, o no confían en dejarlos solos al cuidado de les niños.

Respecto de estos cambios otra de las entrevistadas mencionaba:

“Abí [en las rondas] nos orientaron un poco más, que el hombre no tenía que decidir por nosotras, y como que ya me abrí mi mente. Así que decidí hacer lo que me gusta y que eran decisiones de nosotras, y que nadie tenía que decidir por nosotras, y que lo que hacemos no es malo. Y bueno, nada, lo que estoy haciendo ahora es un deporte. Jugar a la pelota.” (Raquel, entrevista personal, 13/06/18)

Raquel reconoce que a su marido no le gusta que “pierda tiempo” en otras cosas en vez de ayudarlo a trabajar, pero igualmente decide enfrentarlo y jugar al fútbol una vez a la semana. Ya en relación a transformar las relaciones económicas, muchas mujeres deciden realizar un trabajo extra (como cocinar, o vender productos por catálogo) para alcanzar cierta autonomía monetaria, y otras mencionan que ellas *“son muy derrochonas”* y prefieren delegar esa responsabilidad en el marido.

Expectativas en torno a la migración como proyecto “permanente”

Todas las entrevistadas han manifestado que su proyecto migratorio era temporario, para poder juntar algo de dinero y regresar, pero que una vez llegadas a Argentina, por diversas razones *“se fueron quedando”*. Si bien retornar a Bolivia es aún una expectativa para ellas, en los relatos sus deseos de regresar se van transformando, a medida que pasa el tiempo, en una añoranza o en un proyecto difuso.

Para Carola una de las principales razones para radicarse en Argentina ha sido, además de las pocas posibilidades de empleo en Bolivia, la maternidad y el hecho de que sus hijos sean argentinos:

“A mí me gustaría volverme, pero a la ciudad. Al campo donde nacimos no. (...) Allá tenés que tener un trabajo, si querés vivir en ciudad tenés que tener un trabajo”

seguro. Tienes que tener un negocio propio, o sino un vehículo propio. (...) Si el destino nos permite yo creo que aquí tenemos el esfuerzo de comprar una territa... de vivir en una casita. (...) Ahora ya nos acostumbramos y creo que todos los chicos que están criándose aquí creo que ya... yo creo que se sienten mal en Bolivia. Nacieron aquí, se criaron aquí así, y cuando vamos a Bolivia al campo a visitar a nuestros padres ellos lo ven diferente, porque el cerro, el río, la comida, ven mal las cosas. Ellos no quieren estar ahí (...) 'Vámonos a Argentina, a la casa'. 'Vamos a la casa', dicen. 'Vamos a la casa, aquí no hay nada'."

En muchos relatos la crianza de lxs hijxs en Argentina, con una educación y estilo de vida particular, resulta un hecho significativo para definir regresar o no a Bolivia, más allá de que ellas individualmente lo deseen. Beatriz y Nadia también expresaron que consideraban su paso por Argentina como algo temporario e imaginaban regresar a su país, aunque ya llevan diez y doce años. Sobre la idea de regresar, Beatriz identifica a la educación de sus hijas como un elemento significativo para permanecer en Argentina:

"Yo pensaba que [venía] por cinco años, mínimo. Pero ya estoy diez años. Pero ahora ya no quiero irme de acá, porque ya me acostumbré acá. Y me acostumbré a trabajar, me acostumbré del clima, todo. (...) [Me quedo] por el trabajo y por mis hijas, por lo que estudian. Yo pienso más en mi hija, porque ella está estudiando. Yo por mí me voy a Bolivia, pero mis hijas que estudian yo no puedo sacarlas de la escuela, ni tampoco quiero perjudicarles, no quiero que sea como yo, quiero que aprendan. No quiero que sea como yo, así, llegar hasta ese curso bajito y yo quiero que ellas salgan más adelante."

Nadia, que no pudo tener hijxs, tiene un sueño más claro de regresar a Bolivia "a vivir", ya que considera que está en Argentina "para trabajar", donde además se siente discriminada por ser extranjera. Sin embargo, y a pesar de la crisis económica, las inversiones realizadas en la quinta no hacen de ese retorno un proyecto muy cercano:

"No, no me imaginaba quedarme. Yo me imaginaba venir a trabajar un trabajo temporal, y después de vuelta volver. Mi plan era vivir en mi país... Porque viste que acá en la Argentina por ser boliviana o extranjera sos muy discriminada. Y 'Bolita, ¿por qué no se va a su país?', te dicen así. Qué sé yo, uno aquí está por el trabajo. Después para vivir, vivir para siempre, sería en Bolivia. (...) [refiriéndose a la situación económica y a la producción hortícola] Ahora es muy caro todo para comprar. No te alcanzan las cosas. Si quieres comprar una semilla para lechuga, para todo... Sube el dólar, suben las semillas (...) Casi me voy a Bolivia, porque no da así para trabajar. Igual vamos a probar unos años más, a ver si nos va bien."

Conclusiones y aportes para los estudios de género en la agricultura familiar

Las economías campesinas en las que se criaron las entrevistadas, en un contexto boliviano de reformas estructurales neoliberales que empobrecieron a la población, con un mercado de trabajo informal y precario, y escasez de tierras para cultivar, estuvieron atravesadas por distintas estrategias que las familias debían desplegar para sobrevivir. Entre ellas, encontramos tanto la disposición de la fuerza de trabajo de todos los miembros del grupo familiar para la producción de alimentos para autoconsumo y venta de excedentes, como también la semi-proletarización de algunos de ellos como estrategia para tener menos bocas que alimentar y generar ingresos extra al hogar. En esta organización familiar campesina las tareas productivas eran realizadas sin distinción de género y desde edades muy tempranas, pero no así las tareas domésticas y de cuidados que, asociadas a una naturalización de las funciones femeninas relativas a la maternidad, reproducían los principios de organización de la cultura patriarcal. Sin acceso a educación sexual ni métodos anticonceptivos las madres de las mujeres entrevistadas destinaron gran parte de su vida a la gestación y la crianza. Esta organización familiar incorpora además valores que reproducen los estereotipos patriarcales de varón-proveedor y de mujer-cuidadora, incentivando a los hijos para que estudien y consigan “mejores trabajos”, mientras destina a las hijas al servicio doméstico y a aprender a ser buenas esposas para poder casarse lo antes posible. Estos roles asociados a lo femenino y lo masculino, que se perpetúan de manera hegemónica hasta la actualidad, se han ido alimentando de distintas experiencias a lo largo de las trayectorias vitales.

La inserción laboral en el servicio doméstico como adentro aparece como un destino laboral típico y de fácil acceso para las mujeres pobres. Esta experiencia, que reproduce formas de contratación cercanas a la servidumbre, ejerce un control sobre el cuerpo y el tiempo de las jóvenes campesinas, funcionando como disciplinamiento y entrenamiento para el posterior ejercicio del rol como madre y esposa-cuidadora. Al mismo tiempo, supone la adquisición de aptitudes para el trabajo como la flexibilidad, el aprendizaje de oficios y la capacidad de adaptación y de cambio, que entendemos representan estrategias de resistencia frente a la informalidad y la precariedad, y que las acompañan a lo largo de sus trayectorias laborales y en sus aspiraciones de movilidad social.

Esta aspiración alcanza una concreción material en el momento en el que deciden, solas o acompañadas, “probar suerte” en Argentina, migrando para trabajar allí y dando continuidad a viajes realizados previamente por parientes y

personas conocidas, aunque sin mucha noción sobre a dónde se iría a trabajar o de qué. Este proyecto migratorio, que no se pensaba en un principio como definitivo, va adquiriendo cierta permanencia en la medida en que se conforma una familia propia en el lugar de destino. Si bien las mujeres no siempre migran en calidad de esposas, el hecho de tener hijos/as criadas y educadas en Argentina es un factor determinante a la hora de decidir quedarse o regresar. Así, el proyecto migratorio se concreta en el marco de una comunidad que se ha consolidado desde hace varias décadas como motor productivo del sector hortícola en Argentina. La alta demanda de mano de obra de la horticultura intensiva, y la forma en que las familias bolivianas se han ido insertando en la actividad, generando múltiples unidades productivas de pequeña escala, ha determinado que se trate de una actividad agrícola fundamentalmente familiar, reproduciendo en buena medida las formas de organización y división sexual del trabajo de las economías campesinas de origen. El hecho de que la producción sea intensiva e integrada a los mercados genera una doble jornada laboral de las mujeres, quienes trabajan a la par de sus parejas pero no son reconocidas como “productoras”, en general dependen económicamente, y son las principales responsables de todo el trabajo doméstico y de cuidados, sin contar con momentos de descanso para sí mismas.

Consideramos que uno de los principales aportes de este trabajo consiste entonces en identificar las formas en que se articula el sistema sexo-género a lo largo de las trayectorias de las horticultoras bolivianas, señalando cómo los roles asociados a los femenino (mujer-esposa-madre-cuidadora) y a lo masculino (varón-proveedor-productor) son transmitidos de generación en generación por medio de la organización del grupo familiar, las estrategias migratorias y las distintas oportunidades laborales socialmente disponibles para ellas (por su edad, condición de género y origen social). Por otro lado, vemos cómo las mujeres tienen en todo momento capacidad de agencia y reflexión sobre la realidad en la que viven, y en la medida en que cuentan con herramientas despliegan formas de interpretar esa desigualdad e intentan generar cambios en su trayectoria que puedan transformar dicha situación.

Bibliografía

- Ambort, M. E. (2019). *Género, trabajo y migración en la agricultura familiar. Análisis de las trayectorias familiares, laborales y migratorias de mujeres agricultoras en el cinturón hortícola de La Plata (1990-2019)*. FLACSO.

- Ataide, S. (2015). *Trayectorias, redes migratorias y procesos identitarios, en la conformación del mercado de trabajo agrícola destinado a bolivianos. Estudio en dos municipios del este salteño (1960- 2013)*. FLACSO.
- Ataide, S. (2019). Género y migraciones. Un estudio sobre mujeres migrantes tarijeñas en torno al mercado de trabajo hortícola de Apolinario Saravia en la provincia de Salta. *Mundo Agrario*, 20(43).
- Benencia, R. (2005). Migración limítrofe y mercado de trabajo rural en la Argentina. Estrategias de familias bolivianas en la conformación de comunidades transnacionales. *Revista Latinoamericana de Estudios Del Trabajo*, 10(17), 5–30.
- Benencia, R., & Quaranta, G. (2006). Mercados de trabajo y economías de enclave. La -escalera boliviana-en la actualidad. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 20(60), 413–431.
- Bertaux, D. (1981). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29(Morin 1980), 1–23.
- Biaggi, C., Canevari, C., & Tasso, A. (2007). *Mujeres que trabajan la tierra: un estudio sobre las mujeres rurales en la Argentina*. Buenos Aires: Serie Estudios e Investigaciones 11, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos, Dirección de Desarrollo Agropecuario, PROINDER.
- Bocero, S., & Di Bona, A. (2013). Mujeres asalariadas en el cinturón frutihortícola marplatense. Trabajo, trabajadoras y hogares. *Huellas*, 17.
- Cassanello, C. A. (2014). *Historia reciente de los inmigrantes bolivianos en la Argentina, 1970-2000 Trayectorias migrantes, redes sociales y transnacionalidad*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Chejter, S. (coord). (2005). Migraciones internacionales en la década del '90 en Argentina. In *Migraciones, globalización y género en Argentina y Chile* (31–55). Buenos Aires: CECYM.
- Ciarallo, A., & Trpin, V. (2015). Familias migrantes hortícolas en el Valle Medio del río Negro. Cruces identitarios en las experiencias de vida y de trabajo. In I. Barelli & P. Dreidemie (Eds.), *Migraciones en la Patagonia: subjetividad, diversidad y territorialización* (71–87). Viedma: Universidad Nacional de Río Negro.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Fernández, L. (2018). La Exclusión Social de los Agricultores Familiares de La Plata. Un análisis del período 2005-2018. *Pilquen*, 21(2), 106–123.
- García, M. (2011). Proceso de acumulación de capital en campesinos. El caso de los horticultores bolivianos de Buenos Aires (Argentina). *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 8(66), 47–70.

- García, M., & Lemmi, S. (2011). Territorios pensados, territorios migrados. Una historia de la formación del territorio hortícola platense. *Párrafos Geográficos*, 10(1), 245–274.
- Godard, F. (1996). El debate y la práctica sobre el uso de historias de vida en las ciencias sociales. (F. Godard & R. Cabanes, Eds.), *Uso de Las Historias de Vida En Las Ciencias Sociales*, Serie II(1), 5–56.
- Gregorio Gil, C. (2012). Tensiones conceptuales en la relación entre género y migraciones. Reflexiones desde la etnografía y la crítica feminista. *Papers*, 97(3), 569–590.
- Insaurralde, N., & Lemmi, S. (2018). Cuerpos productivos, cuerpos reproductivos. El caso de las mujeres productoras de hortalizas del Gran La Plata (2017). In F. González Maraschio & F. Villarreal (Eds.), *La agricultura familiar entre lo rural y lo urbano*. UDUNLU.
- Instituto Nacional de Estadística. (2015). Censo de Población y Vivienda 2012 - Bolivia - Características de la población. La Paz.
- Magliano, M. J. (2007). Migración de mujeres bolivianas hacia Argentina: cambios y continuidades en las relaciones de género. *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, 14, 41–62.
- Magliano, M. J. (2009). Migración, género y desigualdad social. La migración de mujeres bolivianas hacia Argentina. *Revista Estudios Feministas*, 17(2), 349–367.
- Mallimaci, A. I. (2012). Revisitando la relación entre géneros y migraciones. Resultados de una investigación en Argentina. *Mora*, 18(2), 151–166.
- Muñiz Terra, L. (2012). Carreras y trayectorias laborales: una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje. *Revista Latinoamericana de Metodología de La Ciencias Sociales*, 2(1), 36–65.
- Parella Rubio, S. (2012). Familia transnacional y redefinición de los roles de género. El caso de la migración boliviana en España. *Papers*, 97(3), 661–684.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de sueños.
- Reygadas, L. (2004). Las redes de la desigualdad: un enfoque multidimensional. *Política y Cultura*, 7–25.
- Rodríguez Enríquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad de género. *Nueva Sociedad*, (256), 30–44.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo. *Nueva Antropología*, VIII(30), 95–145.
- Stölen, K. A. (2004). *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*. Buenos Aires: Antropofagia.

- Torns, T. (2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico- metodológicas desde la perspectiva de género. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 15, 53–73.
- Trpin, V., & Bouchoud, S. (2014). Mujeres migrantes en producciones agrarias de Río Negro: aportes para abordar la interseccionalidad en las desigualdades. *Párrafos Geográficos*, 13(2), 108–126.